

El Carro del Heno

*Húmedo atardecer, sombra alargada
lento el carro de heno y la noche
se retrasa, admirada.*

J. Jiménez Lozano

Velar el mundo

En ese heterogéneo álbum lírico que supone el libro *En la belleza ajena* del poeta polaco Adam Zagajewski hay un breve y hermoso mensaje repetido a modo de sentencia: meditar, soñar, ensimismarse, leer un poco, escuchar algo de música para velar y cuidar de nuestro mundo. Acciones transparentes de las que apenas se puede hablar sin caer en el pozo de la subjetividad. Pero son acciones, sobre todo, espirituales y estimulantes, ligadas y entrecruzadas irreversiblemente entre sí y que Zagajewski enfoca principalmente en la relación entre la poesía y la música. El poeta polaco, singular defensor y evocador contemporáneo del fervor y de lo sublime frente a la pobreza de pensamiento que supone la ironía y el tedio, se atreve a afirmar en un aforismo aislado que es la poesía la que une a ambas artes. Podemos estar de acuerdo o no, quizás no sea tan importante, pero no podemos eludir el sutil hilo de intimidad que hay entre ellas. ¿O no es pura música los versos de Emily Dickinson: "El agua se aprende por la sed, | la paz, por el fragor de las batallas, | el amor, por el molde de la Memoria."? O la inquietante pregunta de René Char: "Mundo cansado de mis misterios, ¿está prevista mi noche en la morada de un rostro?".

Baudelaire dijo que la poesía era el único milagro en el que no se nos había pedido permiso: modestamente yo uniría la música a esa corta y selecta lista. Ambas tienen en común un magnífico poder de seducción que se llama encanto. Paul Valéry decía que el poema convierte al lector en un inspirado pero también la música convierte al oyente atento en poeta. Escuchen si no con la tranquilidad y tiempo que merecen los adagios y andantes de las sinfonías de Bruckner o Mahler. O la misa en sí menor de Bach, o las últimas (¿sólo las últimas?) obras de Mozart... En su poco conocida *Arte poética*, Jorge Luis Borges hace una confesión que resume magistralmente este doble encantamiento. Al final de una larga conferencia en Harvard, ante una amplia audiencia les recitó su famoso soneto sobre Spinoza. Lo recitó en castellano. Previamente, en su excelente inglés, había dicho: "El hecho de que muchos de ustedes no sepan español mejorará el soneto. El significado ahora no es importante: lo que importa es cierta música, cierta forma de decir las cosas. Quizá, incluso si la música falta, ustedes la sientan. O mejor, la inventen por mí".

No lo dudemos: se trata sencillamente de velar por el mundo.

Antonio Heredia

La otra mujer

La lluvia de octubre descansa, por fin, en las aceras. Arrastra olores, aburrimientos, y convierte a la ciudad en ese *Reino de Oz*, que llevábamos toda una estación esperando. Cansada de observar como la gente tiende a usar un balón de Voley playa como cerebro, decidí hace ya algunos años que el verano no había sido proyectado para mí. No sé, nunca he podido imaginar a ninguno de mis mitos siendo felices en dicho periodo estival. Sin ir más lejos (y ojalá estuviese más cerca...) Woody Allen. Intento imaginarlo en bañador, chanclas, embaudnado en crema protectora, ufl, ...prefiero al personaje dubitativo, peregrino incansable de emociones; ese seductor irresistible que nos regala una vida en cada uno de sus guiones, y una lección con cada una de sus películas. *Woody Allen por sí mismo* de Richard Schickel, es una precisa obra acerca de este cineasta pero un libro indispensable para aquellos que quieran conocer trazos de su personalidad. Y puestos a imaginar cosas feas, pero que muy feas... ¿se imaginan a Tom Waits tomando el sol en un hidropedal? Discúlpenme por esa visión tan horrosa, mejor que continúe tan crápula y divino como hasta ahora y nos siga regalando obras como *Real Gone*.

Pero volvamos al otoño, que es lo mismo que decir volver al cine. Por fin la cartelera empieza a vestirse de prendas que merecen ser visionadas: *Una Historia de Violencia* de Cronenberg, *La Pequeña Lola* de Tavernier o *Sympathy for Lady Vengeance* de Park Chan-wook, película que cierra la trilogía que inició el autor coreano con *Sympathy for Mr. Vengeance*, a la que siguió *Old Boy*. Aquí debemos todos hacer una honda reflexión. Volveré a escribirlo. *O-L-D B-O-Y*. Por favor vean esa película. Les cambiará la vida.

Me quedan pocas líneas así que este acorralamiento editorial me ha empujado a un brote momentáneo de sinceridad: este último verano no ha sido tan malo. No. Y no lo ha sido porque estaba Neo Rauch (*fantastisch!*) en la ciudad y porque Baeza me presentó a Antonio Gala y él nos la enseñó a su modo. Diría que Bowie cantaba para nosotros *Strangers when we meet*.

Y las líneas se van como las lágrimas en esta lluvia otoñal. Como dice Ben Lee en *Catch my Disease: That's the way I like It!*

Cristina Consuegra